

¿Del fin del siglo a la crisis sin fin?

Cuba: El modelo híbrido en la disyuntiva entre capital social y participación o desigualdad y fracaso político

Hans-Jürgen Burchardt

Universidad de Hannover. Instituto de Sociología
Schneiderberg, 50. D-30167. Germany

Abril de 1999

Resumen

El artículo trata de explorar los factores que permiten al sistema político de Cuba una todavía estabilidad sorprendente, a una década después de la caída del muro de Berlín. Al principio se introducen los elementos estructurales exógenos y endógenos del socialismo cubano y presenta los antecedentes de la crisis. Posteriormente se documenta *grasso modo* el proceso de reformas y las medidas adoptadas en la Isla. El siguiente análisis demuestra que la sociedad cubana se encuentra en un proceso dinámico de heterogeneización social que está destruyendo la estabilidad política en la Isla. Retomando aspectos teóricos de la sociología política de la desigualdad social, se identifica como próximo el factor estabilizador especial del socialismo cubano. Finalmente, se intenta develar un posible escenario de reformas que pudiera dar a la sociedad isleña una última posibilidad histórica para una transformación civil y social.

Palabras clave: sociología política de la desigualdad social, economía cubana, estructura social, capital social y cultural, Bourdieu, Cuba.

Abstract

The article tries to track down the factors which provide the political system of Cuba with the stability it still shows almost one decade after the Berlin wall-case. At the beginning the central exogenous and endogenous structure-elements of the Cuban socialism are introduced. Afterwards the previous reform-course is documented. Its analysis shows, that the Cuban society is in a process of structural heterogenisation, which will erode its stability. With recourse on known theories of the political sociology of social inequality, the specific stability of the Cuban socialism is finally identified. The article closes with an outline of reform-requests, which might give Cuba a last historic chance for a civilian and social transformation of its society.

Key words: Political sociology of social inequality, Cuban economy, social structure, social and cultural capital, Bourdieu, Cuba.

Sumario

Las crisis antes de la caída. Viejas y nuevas presiones	El nacionalismo radical, fortaleza de la sociedad cubana
El ajuste económico o crisis sin fin	Detalles de la unidad: opiniones sociológicas
Cambios y rompimientos: el regreso de la desigualdad social en Cuba	Por qué en Cuba debieran leer a Bourdieu
Estructura social <i>versus</i> socialismo	Bibliografía

Algunos sectores del gobierno de los Estados Unidos y el exilio cubano lamentan irritados que Cuba haya sobrevivido ya un decenio al derrumbe del socialismo en Europa del Este. La sociología, por el contrario, ha prestado poca atención a las circunstancias especiales que concurren en la isla del trópico; ésta ofrece una oportunidad única para estudiar el cambio social bajo las condiciones de una dramática transformación económica.

Por ello, consideramos particularmente interesante explorar las razones por las cuales la Cuba socialista no siguió el camino de sistemas análogos; si existe en la Isla, y por qué, un potencial específico que explique su sorprendente estabilidad. Tal vez se deriven de estas perspectivas de desarrollo para Cuba que sean significativas no sólo para el país, sino, en general, para la sociología.

Las crisis antes de la caída. Viejas y nuevas presiones

La Cuba de los años cincuenta se ajustaba al patrón de un capitalismo subdesarrollado y dependiente. Su estructura económica se adaptó casi totalmente a las necesidades del «hermano grande», EEUU. Cuba suministraba materias primas baratas y productos semielaborados al mercado norteamericano e importaba de ese país más de la mitad de las manufacturas y víveres consumidos en la Isla. El principal sector económico, la industria azucarera y los servicios fundamentales, también estaban en manos de empresas norteamericanas (Fabian, 1981).

En lo político, el país estaba dominado por una burguesía sometida a los monopolios de EEUU; no orientada hacia lo nacional y poco interesada en fomentar un desarrollo propio. Además, ambas fuerzas se apoyaban, a fines de los años cincuenta, en una dictadura en extremo represiva y corrupta. Por otra parte, se había formado una clase obrera con poder movilizador y organización considerable; un semiproletariado agrario vinculado a la producción azucarera; un número alto de campesinos sin tierras y un amplio panorama de clases medias. Lo común a ellas era la lucha contra el desempleo masivo y la exclusión social.

Éstas son, en síntesis, las condiciones que fueron barridas por la Revolución Cubana en 1959. Pronto el «Goliath del norte» se mostró hostil y agresivo frente al proceso revolucionario iniciado en el país. Éste, en sus comienzos, no se consideró socialista, sino, más bien, democrático nacionalista radical.

El conflicto terminó a principios de los años sesenta con el fracaso de una intervención militar y la implantación de un bloqueo económico total por parte de los Estados Unidos.

Esto radicalizó aún más la dinámica política en la Isla y constituyó un valla-dar que obstruyó casi todas las otras alternativas viables. Se abrió así el cami-no hacia la conformación de un modelo de desarrollo económico-político social similar al soviético.

La URSS recibió con los brazos abiertos la Isla y la apoyó mediante rela-ciones comerciales ventajosas. Si al principio este llamado «intercambio justo» más bien contribuía a compensar las pérdidas económicas causadas por el blo-queo de los EEUU, desde inicios de los años setenta y hasta finales de los ochenta se transformó en un medio de subvención completo a la Isla. Sobre esa base tuvo lugar en Cuba un cambio social y económico profundo.

Así, la estructura social heterogénea se eliminó y se renovó más rápido que en otras experiencias socialistas (CÍPS, 1990), el motor impulsor fue una nacio-nalización económica total (comercio/industria/finanzas/servicios, 100%; agri-cultura, 70%). Después se origina un impulso hacia la construcción de un modelo de desarrollo socialista que tomaría mucho de los rasgos y característi-cas del soviético, sobre todo al tener lugar la integración de Cuba en el merca-do mundial socialista. Los resultados de esta política fueron discordantes.

Por una parte, entre 1976-1985 la Isla logró un crecimiento económico sostenido. Además, se realizaron programas sociales ejemplares y se mantuvo una política salarial nivelada (la relación entre las mayores diferencias salariales en el año 1989 era de 4,5 a 1). Todo esto producía grandes efectos homogenei-zantes. Mientras que en 1953 el sector más pobre de la sociedad cubana cons-tituía el 40% y obtenía el 6,5% de los ingresos totales de la población, en 1986 éste ingresaba el 26%. En 1953 el sector más rico era el 10% y recibía el 39%; mientras que en 1986 ingresaba aproximadamente el 20% (Brundenius, Zim-balist, 1989).

Los datos y hechos ocurridos hasta el año 1989 demuestran que en Cuba pudieron eliminarse las características estructurales principales del subdes-arrollo, especialmente en el plano social. Las disparidades sociales y geográfi-cas cedieron a una igualdad marcada; la población creció de forma equilibrada y la esperanza de vida se elevó a 75 años, diez años por encima del promedio en Latinoamérica. Alrededor del 30% de la población era laboralmente activa, de ella el 40% eran mujeres. Fenómenos como la desnutrición, el desempleo y la pobreza masiva desaparecieron totalmente.

Pero al asimilar muchos de los elementos del modelo soviético, Cuba tomó también considerables porciones de sus deficiencias. En el transcurso de los años ochenta el desarrollo cubano perdió empuje sensiblemente. La estructu-ra social se hizo cada vez más estática. La mayoría de las veces la dinámica social sólo existió dentro de grandes grupos aislados, lo que para muchos gru-pos sociales significó un agotamiento de las posibilidades reales de avance socio-económico (Espina, 1997a). No se pudo tampoco eliminar la excesiva burocracia de la sociedad.

Como consecuencia, el reconocimiento social y la movilidad ascendente estuvieron ligados casi exclusivamente a profesiones administrativas y altamente calificadas, así como las actividades productivas perdieron su antiguo prestigio.

Esto se reflejó en la creciente discordancia entre las exigencias económicas y la estructura de empleo del país. Ejemplo de ello es el alto grado de urbanización alcanzado, a pesar de que se creó una base económica agraria que, en el sector de la agricultura, condujo a una estructura de producción extremadamente costosa y dependiente de importaciones. Otro caso de significación lo constituye el nivel de calificación deformado de las especialidades de nivel superior. Entre 1980 y 1989 casi la mitad de todos los estudiantes universitarios se graduaron como médicos o maestros en detrimento de otras ramas técnico-profesionales (CEE, 1991).

La dinámica económica también empezó a debilitarse peligrosamente. El crecimiento cuantitativo del producto interno bruto estuvo acompañado por una caída en la eficiencia de la producción cada vez mayor (Carranza, Gutiérrez, Monreal, 1995). Esto se evidenció principalmente en aquellas obras de inversión cuya construcción en 1975 tardaba medio año y en 1985 casi ocho años. Toda la isla conoce la anécdota de la fábrica procesadora de níquel que se espera que esté terminada desde hace más de veinte años. Otro ejemplo es la eficiencia en el consumo energético que alcanza la isla caribeña. A finales de los años ochenta el consumo per cápita de energía en Cuba situaba a la Isla en el cuarto lugar de América Latina. En números relativos, Cuba consumía per cápita el doble de energía que los EEUU y casi el triple que Francia (Figueras, 1994).

Estas «formas de producción extensivas», típicas del socialismo, y los gastos cada vez mayores tuvieron un carácter particularmente trágico para Cuba, pues, por ejemplo, mientras la URSS satisfacía hasta los años ochenta sus crecientes necesidades de recursos con el suministro de inmensas cantidades de materias primas, la Isla nunca pudo recurrir a semejantes reservas. Por este motivo, el recurso principal de Cuba permaneció en la división socialista del trabajo. De esta forma se cimentó el papel de Cuba como exportador de materias primas. Hasta 1989 la URSS cubría con importaciones de azúcar cubano más de la mitad de su demanda interna, lo que convertía a Cuba en el segundo mayor exportador de azúcar del mundo.

Las favorables condiciones comerciales adquiridas con la adherencia al CAME hicieron que la nueva dependencia creada de los hermanos países socialistas fuera más cómoda para Cuba. Pero ellos no sólo nutrían la isla, sino que también repercutían directamente en la cultura de gobernar el sistema, o sea, en el grado de autonomía e interdependencia entre los agentes Estado-empresa-mercado-sociedad. Para su crecimiento extensivo, el modelo de desarrollo seguido por Cuba necesitaba grandes cantidades de recursos, cuyas dimensiones gigantes legitimaban un control centralizado de la economía. Asimismo, de la planificación centralizada de la economía creció una actitud opuesta a la innovación de las empresas, que frenaba el aumento de la productividad y perjudicaba la eficiencia de la producción interna.

En tanto, la función material del comercio exterior y la de la administración centralizada como base política del sistema, afianzaron las debilidades del mercado interno. La dinamización económica, el crecimiento cualitativo y la diversificación de las estructuras productivas fueron excluidos por la propia lógica del sistema (Burchardt, 1996).

Con la creciente importancia del comercio exterior aumentó también la de su administrador, el Estado centralizado. La afluencia de recursos externos (equipos, maquinarias, fábricas, materias primas, etc.) fortalecía la función del Estado, por lo que éste no dependía esencialmente de la captación de los excedentes internos, así que su autonomía social creció.

Todos estos elementos repercutieron de forma negativa en la comprensión democrática del sistema. Así, la amenaza abierta de los EEUU y del exilio han influido en que hasta hoy se pulverice en Cuba toda oposición interna en un campo de tensión entre la represión estatal y la agresión norteamericana. De esta forma se consolidó un Estado autoritario, incluso autocrático, con un único «órgano de poder en el cual un número reducido de personas toman las decisiones políticas y económicas» (Stahl, 1996: 83), pero que, a pesar de la insuficiencia de fuentes generadoras de democracia, pudo legitimar sus éxitos como soberano nacional y agente de desarrollo.

En resumen, hay que destacar dos elementos estructurales endógenos del sistema cubano que se condicionan recíprocamente y que se evidencian aún hoy. Desde el punto de vista político, una forma de *Gobierno centralizado* que lo controla todo, y desde el punto de vista económico, el predominio de *formas de producción extensivas e ineficientes*.

Cuando, a principios de los años noventa, se cortó la afluencia de la subvención de la hermana ayuda socialista, Cuba perdió el 75% de su comercio exterior y con ello su sustento económico. El antiguo garante del desarrollo cubano —la fundamental relación económica soviética— resultó después cabeza de Jano y la Revolución cayó en la crisis más aguda de su historia. Le quedaba como legado una economía desproporcionada e ineficiente incapaz de sobrevivir sin los volúmenes inmensos de importaciones y que, además, se había especializado en la exportación de algunas pocas materias primas, como el azúcar y el níquel, así como divorciado prácticamente del mercado mundial.

El *derrumbe abrupto del comercio exterior* puede verse, entonces, como un primer elemento estructural exógeno del cambio. A esto se suma que la supervivencia del socialismo cubano está hoy mas agudamente afectada por el bloqueo de los EEUU —el último conflicto institucionalizado que sobrevivió a la «guerra fría»—. Los obstáculos hacia el comercio exterior cubano, que se incrementaron de forma exorbitante a partir de 1990, son una de las mas evidentes consecuencias de la hostilidad y del bloqueo a Cuba. Vale destacar de paso que esto le frustra al régimen cubano una perspectiva de desarrollo posiblemente interesante. Cuando en 1995 el presidente de los EEUU, Clinton, afirmó prever una América unida «desde Alaska hasta la Tierra de Fuego», Cuba quedó excluida. Pero la estratégica posición geográfica de la Isla como «llave del Golfo» —cercana

al área económica norteamericana y vinculada culturalmente a la región iberoamericana— podría hacerle ganar en importancia para la integración de América.

Por otra parte, los efectos del bloqueo en la política interna de Cuba se discuten desde puntos de vista más bien contrarios. Unos creen que la agresión de los EEUU estabiliza el sistema político de Cuba apoyándolo sobre un nacionalismo generalizado. Para otros existe el convencimiento de que justamente la presión norteamericana impide una apertura amplia y, además, exacerba un conservadurismo estructural enemigo de reformas: «No puede esperarse una distensión en la política interna de una sociedad sometida a tensiones extremas» (Niess, 1992: 965). Entonces, si se analizan desde estos puntos de vista los efectos concretos de la política norteamericana hacia Cuba, hay que considerar el *bloqueo norteamericano* como un segundo elemento estructural exógeno del cambio.

El ajuste económico o crisis sin fin

La dirigencia cubana respondió a la crisis de su comercio exterior con una «transformación a medias» (Maihold, 1996) que sólo se concentra en la economía. Mayores reformas en las esferas económico-políticas se rechazan de forma vehemente. Por el contrario, desde 1992 se intentan rehacer sectores específicos del desaparecido comercio exterior y producir divisas con la menor cantidad de concesiones posibles e impulsar la recaudación de divisas.

Con este objetivo se seleccionaron segmentos aislados de la economía que fueron «reparados» por medio de la introducción de mecanismos de mercado, legalización de la propiedad privada para inversores extranjeros, creación de zonas francas y otras formas de asociación, como empresas mixtas, etc., orientadas al mercado mundial. Los sectores económicos más importantes seleccionados para introducir los cambios son la biotecnología, la extracción de níquel, prospección y extracción de minería, petróleo y el turismo (Díaz, 1997). Frente a estas alternativas se encuentran áreas productivas que incluyen sectores manufactureros, agropecuarios y el azúcar, que prácticamente no reciben capital externo y se deterioran lentamente. Hasta 1999 no se ha logrado hallar solución sostenida de la crisis. La muestra más clara de ello es la producción de azúcar, cuyos niveles productivos cayeron sensiblemente y, tras una leve recuperación en 1996, se encuentra nuevamente en un rápido descenso.

Estas prioridades dadas a los productos destinados al mercado mundial y el retraso en la aplicación de políticas más agresivas e innovadoras para estimular el mercado interno realmente se diferencian muy poco por sus resultados de las estrategias económicas del neoliberalismo, tan criticadas en Cuba. La vía especial cubana se ha caracterizado mucho menos por una política económica alternativa coherente e integral que por el mantenimiento de las llamadas «conquistas sociales», de los programas de protección sociales altamente priorizados y que aún funcionan de forma aceptable si se tienen en cuenta los patrones de las naciones más favorecidas del Tercer Mundo.

En mi opinión, los cambios habidos en el ámbito del modelo cubano pueden dividirse en dos etapas. La primera etapa de la reforma se caracterizó por

una estrategia de selección para ampliar cuantitativamente el sistema. O sea, algunos sectores capaces de incrementar las exportaciones fueron escogidos para adaptarlos a parámetros económicos mundiales, pretendiendo que se erigieran en enclaves eficientes sin unirlos al resto de la economía. Esto desembocó en una heterogeneización económico-productiva que a menudo se describe como «economía dual» (Henkel, 1996; Burchardt, 1997). Mientras la producción de azúcar retrocedió de forma continua, ya que este sector fue excluido de las reestructuraciones. Las consecuentes pérdidas de ingresos provocaron finalmente una crisis de liquidez. Esto hizo que en el verano de 1993 Cuba estuviera a punto del colapso económico.

El Gobierno accionó un freno emergente legalizando el empleo del dólar norteamericano como segunda moneda, y con ello permitió la tenencia privada de divisas. Desde entonces muchos de los casi dos millones de cubanos y sus descendientes que viven en el extranjero envían dinero a sus parientes en la Isla. El dinero inyectado por este medio hizo que proliferaran todo un sistema de cadenas de tiendas estatales que operan en divisas. Segmentos de la población pudieron satisfacer por esta vía parte importante de sus deseos de consumo, de los que estuvieron privados durante mucho tiempo; y el Estado absorbió el nuevo *cash flow* en moneda fuerte.

Esto abrió una nueva válvula de captación de divisas para el Estado y allanó el camino hacia una segunda etapa en el proceso de reformas, la cual empezó a finales de 1993 y se caracterizó, junto con una orientación forzada hacia la exportación, por una redefinida política monetaria y transformaciones estructurales microeconómicas en el área económica interna. Entre ellas figuraron cambios radicales en el entorno agrario y una liberalización puntual de la producción privada e introducción de mercados. Sin embargo, este cambio estructural en la base productiva no se acompañó de transformaciones necesarias en el nivel macro; la segunda etapa puede describirse como cualitativa, pero aún no como un proceso integral y consistente. Éste tampoco parece ser el camino para consolidar el remonte de la crisis en la economía. La Isla se encuentra actualmente, desde nuestro punto de vista, en lo que pudieramos calificar de un estado de «estancamiento estable».

Pero, mientras tanto, Cuba puede mostrar coberturas de servicios sociales aceptables y un desarrollo económico alentador. El PIB creció en los últimos cinco años en un 11%, el número de empresas mixtas aumentó considerablemente y en el turismo se alcanzó en el año 1998 la cifra histórica de un millón cuatrocientos mil visitantes (*Granma*, 5-1-1999). Por eso el arquitecto de las reformas, Carlos Lage, ha reiterado la afirmación que «la recuperación económica es una tendencia irreversible» y el ministro de economía cubano habló incluso de un «verdadero milagro». Sin embargo, la población se adueñó de esta frase y en tono jocoso bromeaba diciendo que «el papa visitaba la Isla para ver cómo se puede vivir del milagro». Con su ironía característica, el hombre del trópico señala que hasta ahora el auge económico apenas le ha tocado. Con su escepticismo intuitivo también desconfía, con razón, de los pronósticos eufóricos.

Las tasas de crecimiento actuales tienen que aceptarse con sentido relativo, pues se refieren a un producto interno bruto que disminuyó en más de un 40%. Entre 1994 y 1998 el incremento del PIB representó un aumento promedio del 2,2% anual. Más de un especialista ha indicado que, de creerse al ritmo del 2% al 4% de promedio anual, se conseguiría volver a los niveles del PIB anteriores a la crisis del 2002 al 2007. Remontar la crisis bajo esas condiciones le costaría al país entre 13 y 18 años de crecimiento económico (Carranza, Monreal, 1998). Dicho con respecto al consumo y en términos más dramáticos: con la dinámica de desarrollo actual, la población sólo arribaría dentro de 14 años a un estándar de vida igual al de unos 20 años atrás (Burchardt, 1999).

Asimismo, el auge vive de préstamos. Algunos expertos estiman que la deuda cubana en divisas asciende hoy a 13 mil millones de dólares. Cuba presenta uno de los endeudamientos per cápita más alto de Latinoamérica. Se valora además que en 1998 el déficit en el comercio exterior se aproximó a los 2 mil millones de dólares; contando que la mitad de todas las importaciones fueron financiadas a través de créditos a corto plazo. Este valor representa el peor resultado desde el comienzo de la crisis y empuja a Cuba al borde de una nueva crisis de liquidez y tensiona aún más el balance de divisas.

Resulta paradójico que hoy en día la mayor fuente de divisas de la Isla no sea ni el azúcar, ni el turismo, sino las transferencias privadas de dólares desde el extranjero, estimadas por fuentes independientes en más de 800 millones de dólares (CEPAL, 1997). Así, la recuperación coyuntural de Cuba socialista es el resultado del mercado mundial capitalista y del exilio cubano. La debilidad estratégica de esta estabilización puede repararse, pero los problemas más elementales de Cuba son aún irresolubles, pues la economía continúa padeciendo de una eficiencia menguante.

En los últimos diez años el consumo energético en la Isla creció en un cuarto aproximadamente (Bohemia, 1995; Rodríguez, 1997). El dilema de Cuba puede comprenderse ahora en todas sus dimensiones. Con una capacidad de importación «solamente» estable, el rendimiento económico disminuiría de forma continua, con ligeras mejoras podría estabilizarse el nivel mínimo actual, y sólo un crecimiento colosal podría conducir a un desarrollo sustentador. Por ello, el necesario destape de las futuras reformas no deben concentrarse en volver a expandir solo el comercio exterior, sino también en incrementar la productividad en el mercado interno.

Al mismo tiempo, aún está por superarse la ruptura entre la intocabilidad del ordenamiento político y las propuestas de reformas, concentrándose éstas últimas principalmente en el plano puramente económico. En verdad, esta contradicción no ha tenido mayores consecuencias, pero políticamente no ha podido resolverse. De hecho, en los últimos tres años el avance en el proceso de reformas ha permanecido inmóvil. Los espacios libres para transformaciones puramente económicas parecen haberse agotado.

Las informaciones provenientes de fuentes gubernamentales hasta principios de 1999 señalan que hasta hoy no aparece en la agenda cubana una estra-

tegia de reformas integrales y consistentes. El desarrollo sucesivo de los cambios realizados más bien indican que la mayoría de las reformas aplicadas son el resultado de reflexiones tácticas y pragmáticas que, además, se desenvuelven en el campo de las tensiones entre el conservadurismo estructural y las presiones de ajuste.

En ocasiones los mismos cubanos describen estas maniobras como «desahogamiento», lo cual significa intentar salvarse cuando el agua llega al cuello, sin querer aprender a nadar de forma sistemática. Lo que hasta ahora parece posible, en el futuro se hará más difícil, ya que mientras la economía continúa moviéndose intermitentemente, las repercusiones sociales de las reformas generan una dinámica que pudiera convertirse en una bomba de tiempo o, en el caso de la Cuba que no sabe nadar, en un peso que la hunda. Pues en el país avanza tambaleándose la economía, mientras las desigualdades sociales también se extienden, y ello conduce a la diferenciación social de manera ostensible.

Cambio y rompimientos: el regreso de la desigualdad social en Cuba

Las nuevas contradicciones han tomado múltiples formas, sobre todo en la capital cubana. La Habana, antes la perla del Caribe, parece hoy metrópolis sumida en la agonía; sin embargo, realmente vuelve a palpitar en el Caribe. Pero el movimiento agitado obedece hoy a otras leyes muy diferentes a las de hace diez años. Cada vez más son expresión de una creciente desigualdad social.

Ésta se observa mayormente en la capital; por allí comerciantes flotantes que intentan vender barato mercancías manufacturadas, por allá jubilados que para aumentar su miserable pensión venden pacientemente, uno por uno, al precio del mercado, recaudador de ingresos mediante precios elevados, los cigarrillos que les asigna el Estado. A veces, también puede verse al mendigo que no ofrece otra cosa que una oración a San Lázaro, el patrón protector de los pobres. A quien el santo no le ayuda le queda como última salida hurgar en la basura por una baratija o algo de comer, una estrategia de supervivencia que ha vuelto a la capital de Cuba y que puede encontrarse, sobre todo, en las cercanías de los mercados agropecuarios, los cuales atraen a clientes con mejores niveles de ingresos y ofrecen todas las delicias del Caribe.

Quienes tienen dinero en Cuba, no padecen, y las multitudes aglomeradas en los mercados libres, en las tiendas por divisas y en las cadenas cubanas de comida rápida, recuerdan que los años de crisis ya terminaron para una parte de la población. Los tímidos números de los economistas cubanos confirman la impresión de que los montos de los ingresos en la Isla se diferencian entre sí cada vez más y de manera ostensible. En los últimos años se han constatado reagrupaciones importantes de ingresos. Mientras las cuentas de ahorro pequeñas disminuyeron en un 50%, el volumen monetario de los más ricos casi se duplicó. A finales de 1996 cinco sextos de todo el dinero depositado en Cuba se encontraban en sólo 620.000 cuentas privadas (Beruff, 1997). Si hacemos una comparación, estas cuentas de ahorro son tres veces más altas que las inversiones estatales del año 1998. Se parte, además, de que la mayor

parte del dinero en efectivo está también en manos de las familias más ricas (Pérez, Marquetti, 1995).

Aquí debemos resaltar ante todo a una de las principales vías de esta desigualdad social. En primer lugar, esto queda referido a la necesidad de reinserir las relaciones económicas externas del país en los patrones impuestos por la economía internacional, lo que llevó a la aceptación de abrir espacios, aunque aún limitados, al mercado en el desenvolvimiento interno de los vínculos económicos. Con ellos penetraron los mecanismos mercantiles generadores de desigualdad social.

A principios de la crisis, el Gobierno continuaba asegurando abarcadoras garantías de empleo, rígidas racionalizaciones en la canasta familiar y precios de consumo estables; pero con la caída de la producción también disminuían de forma evidente la mayoría de los ingresos y la oferta interna. Hasta 1992 la capacidad de consumo real disminuyó a un cuarto de los salarios nominales promedio. La población tenía cada vez más dinero en sus manos y no podía gastarlo; el peso cubano comenzó a circular por miles de millones. Esta inflación retenida alimentó el mercado negro.

En 1993 alrededor del 60% de la circulación de mercancías tuvo lugar a través del mercado negro, y hasta 1994 la tasa de inflación abierta se incrementó en cincuenta veces (Burchardt, 1995; González, 1995). Aunque el fortalecimiento de la moneda nacional y la introducción de algunas opciones de mercados desde 1995 contuvieron las repercusiones más excesivas del sector ilegal, éste no perdió importancia. Así, el aumento de los precios en 1996 trajo como consecuencia que una familia promedio cubana necesitara el doble de sus ingresos regulares para satisfacer sus necesidades básicas (Togores, 1997). Debido a que la austera política estatal ha disminuido considerablemente el salario real de las amplias masas, sólo pueden conseguirse ingresos adicionales fundamentalmente a través de actividades mercantiles del sector informal de los trabajadores por cuenta propia. Al parecer, una parte importante de la población cubana se dedica a ocupaciones que rozan actividades ilegales. Los economistas cubanos murmuran en los pasillos que desde hace tiempo la mayor parte de las actividades económicas del país no son absorbidas por el Estado, sino por el mercado negro. Padilla (1997) estima que casi el 40% de la población económicamente activa está involucrada en un trabajo de este tipo.

Aquí se origina otra *vía de desigualdad social*. Con la generalización del sector informal «cuentapropista» y existencia del ilegal, muchos ingresos dejan de depender de criterios sociales o del rendimiento específico. Las transferencias monetarias estatales se devalúan a través de la inflación, así como los salarios pierden su antigua función como homogeneizantes sociales. El estándar de vida, por el contrario, depende mucho más de redes, actividades, privilegiadas como el turismo, ilegales, etc. Esto trae como consecuencia una estratificación clandestina y asimétrica de los ingresos.

Otra *vía de desigualdad social* es resultado de la legalización del dólar norteamericano como segunda moneda. Aunque el Gobierno aún describe la dolarización de la economía como una introducción indeseada, lo cierto es que

hoy éste aprovecha sin disimulo sus posibilidades, y ha construido una infraestructura para satisfacer consumos en divisas que promete, a quienes poseen dólares, cubrir ampliamente sus necesidades. En el sector del dólar se concentran ganancias, posibilidades de ingresos y preferencias de consumo. Esta adquisición de la «moneda enemiga» por los residentes en el país, conocida como *dolarización*, abarca todas las esferas socioeconómicas. El bienestar ya no se basa en el trabajo o en criterios sociales, sino fundamentalmente en el acceso al dólar.

Según datos oficiales, en 1998 el 57% de los cubanos gozaban de ese privilegio (Rodríguez, 1998), pero una parte mucho más pequeña dispone de ingresos regulares en divisas. A menudo la bendición del dólar depende de contactos con extranjeros y por la consiguiente ampliación de contactos entre los grupos familiares internos y externos. Por ello, aquí vale destacar la existencia de una selección arbitraria que discrimina dos grupos particularmente leales al sistema. Por un lado, están los cuadros de la Revolución (miembros del Partido, militares, aparato de seguridad), que por razones políticas habían roto todo vínculo con familiares y allegados radicados en el extranjero. Y, por otro, los grupos provenientes de las clases bajas de las capas negras. De estos segmentos sólo emigró un número reducido, pues la Revolución les permitía mejores condiciones de vida.

Pero la ansiada «moneda del enemigo» también puede obtenerse trabajando en el sector por divisas. La competitividad cubana en el mercado mundial se limita mayormente a trabajos que exigen poca calificación. Por ello, con la revalorización de los salarios en dólares (la tasa dolar/peso fluctúa alrededor de 1:20) se eliminó la correlación entre la calificación profesional y el estándar de vida. De aquí se derivó que una fuerza de trabajo bien instruida se trasladara a profesiones con bajas exigencias, y las calificaciones y especializaciones se devaluaron dramáticamente. Esta situación trae repercusiones traumáticas en toda la pirámide social. Por otra parte, la fuerza de trabajo altamente calificada que ha emigrado, por ejemplo, en el éxodo de 1994, y la que en silencio abandona el país, actualmente sólo constituye la punta del iceberg (Martínez, Milán y otros, 1996; Urrutia, 1997). La broma del médico que se vuelve megalómano y se hace pasar por maletero, ya no hace reír a nadie en la Isla, hace tiempo forma parte de la realidad.

Otra vía de desigualdad social tiene su origen en la aparición de nuevos mercados y en la producción privada. Estas estructuras se construyeron de forma inconsistente y, lejos de incentivar la producción, son una nueva forma de distribución que se basa, por un lado, en una oferta muy limitada y, por otro, en una fuerza consumidora altamente concentrada. Esta es la razón, en principio, de que en Cuba no se generalicen los precios de competencia, sino altos precios oligopólicos que favorecen la diferenciación social. Hoy en día, un jubilado cubano tiene que sacrificar toda su pensión mensual para poder comprar en el mercado tres kilos de carne de cerdo.

Que el Gobierno es consciente de eso es un hecho. Así lo demostró Fidel Castro ya a finales de 1995 en un discurso en el que condena el enriqueci-

miento desmedido de algunos a costa de la mayoría (Castro, 1995). La crítica iba dirigida a los vendedores privados (cuentapropistas, campesinos, artesanos, etc.), quienes hasta el verano de 1997 tuvieron que soportar dos aumentos sustanciales de los impuestos, que ellos, a su vez, trasladaron casi abiertamente a los consumidores. El aumento de los impuestos volvió a empujarlos a muchos a la ilegalidad o impulsó el proceso de monopolización de la economía privada, y dinamizó nuevamente la diferenciación social, ya que, debido a la poca elasticidad de la demanda en Cuba, en el sector ilegal y en la pequeña industria pueden obtenerse ingresos superiores al promedio a pesar de los altos precios. «Puede decirse, en conclusión, que los ingresos y sus fuentes están teniendo un fuerte papel en la aparición de las desigualdades sociales —inter e intraclasista— que se manifiesta en el fortalecimiento de fuentes vinculadas a la propiedad privada, el debilitamiento del salario en el sector estatal, la aparición de nuevos grupos extremos significativamente distantes —enriquecidos y empobrecidos— y la presencia de grupos con altos ingresos no provenientes del trabajo» (Espina, 1997b:13-14).

Estructura social *versus* socialismo

La Cuba actual se caracteriza por una dinamización y fragmentación social creciente. En principio se trata, sin duda, del mayor experimento sociológico masivo de los años noventa. A través de un análisis empírico de los ingresos, pueden identificarse los nuevos grupos surgidos a raíz de la crisis económica y existencial creada. Entre ellos figura el grupo rico, nacido del mercado negro y actitudes al margen de la legalidad, de los favorecidos en la crisis, el cual ha acumulado grandes sumas de dinero en depósitos bancarios, en sus casas, en obras de arte, joyería, etc. A éstos se suman importantes segmentos de los nuevos productores por cuenta propia, los campesinos privados con altos ingresos, así como porciones de los empleados en la «economía del dólar». Todos ellos reciben entradas muy superiores a los promedios actuales. A finales de 1998 un 5% de la población laboralmente activa formaba parte del sector privado legal. De igual modo, sacan provecho de las reformas los trabajadores bien remunerados de los sectores que operan en divisas, que representan alrededor del 2% de todos los que ejercen una profesión u oficio. A los favorecidos por los cambios pertenecen, además, todos aquellos que reciben dólares del extranjero, que, aunque no existen datos oficiales, no parece despreciable su número.

Esta minoría se encuentra frente a la gran masa de los que han quedado al margen de las reformas. Por un lado, en este último grupo están los empleados con bajos ingresos de los servicios públicos y de la Administración estatal. En 1998 representaban alrededor de un tercio de la población laboralmente activa. A éstos se añaden los trabajadores mal remunerados de las industrias y cooperativas en el campo, que constituyen alrededor de la mitad de todos los trabajadores. El creciente número de desempleados está aún mucho más afectado por la pobreza; en 1998 eran el 6% de todos los que ejercían una profe-

sión u oficio. Sin duda, la oscura cifra no registrada es más alta. Economistas cubanos estiman que, sumada a la subocupación, esta cifra es del 30% aproximadamente. Asimismo, otras «personas en riesgo» (Ferriol, 1997) son los jubilados, que constituyen alrededor del 10%, así como intelectuales y estudiantes que representan el 20% de toda la población. En una investigación realizada en 1998 en la Isla se determina las personas en situación de pobreza, con dos variantes, superándose en ambas el 60% (Togores, 1998).

Al mismo tiempo, surge una marginalización que puede alcanzar signos alarmantes, sobre todo en los límites de las secuelas sociales heredadas de la Cuba prerevolucionaria. Aquí se trata de importantes estratos de la población negra que particularmente se ve afectada por los avatares de la crisis. En realidad, la Revolución eliminó la discriminación racial institucionalizada de la antigua Cuba, pero sin lograr superar en su raíz sus efectos mayores de comprensión. Los análisis más recientes fundamentan que «los estereotipos y prejuicios raciales están todavía presentes en la sociedad cubana» (Alvaredo, 1996: 43), y éstos se reproducen invariablemente. Una muestra palpable de esta discriminación subjetiva es la escasa presencia de negros en la «nomenclatura» y, por consiguiente, en la toma de decisiones políticas.

Igualmente, debido a sus escasos contactos con familiares o residentes en el extranjero —el número de emigrantes negros hasta la fecha constituye un 7% (Urrutia, 1997; Aja, Milán, 1997)— los segmentos poblacionales negros están más distanciados de los accesos a las divisas vía inmigración. La admisión de negocios privados también los excluye indirectamente, pues ésta autoriza la producción dentro del radio del domicilio privado. Esto exige una vivienda con espacio libre disponible. Una condición de la que disponen los descendientes de las antiguas clases medias y alta de blancos, pues la población negra vive mayormente en condiciones precarias de vivienda. Aquí se hallan posibles fuentes de una futura estigmatización que pudiera desembocar en un mayor desequilibrio étnico de la pirámide social.

También las proporciones antiguamente relativamente equilibradas entre la ciudad y el campo en Cuba ceden a disparidades cada vez mayores. Desde 1990 la migración hacia la capital creció de forma vertiginosa y en 1995 alcanzó por primera vez dimensiones que sobrepasan, incluso, el flujo rural prerevolucionario. Las ciudades cada vez se vuelven más atractivas para la población del campo que llega, en primer lugar, para alcanzar mejores condiciones de vida (Bähr, Mertins, 1999).

Una masa importante de los campesinos de la Isla, independientemente de las condiciones surgidas después de 1959, comparten el destino de muchos de sus análogos en el Tercer Mundo. Mediante bajos precios estatales para sus productos, ellos subvencionan indirectamente el abastecimiento de víveres de la población urbana, sin poder mejorar significativamente sus propios estándares de vida. En las ciudades, por el contrario, existen más campos de actividad proporcionadores de ingresos, sin olvidar que en una gran mayoría, parte de las veces, abarcan trabajos ilegales. A la vez, resulta poco comprensible que, a pesar de la propia actividad priorizada estatal, el sector agropecuario, incluso el abas-

tecimiento de alimentos, sea mejor en las ciudades que en muchas zonas del campo. Según recientes investigaciones, la concentración en las ciudades de la oferta de víveres en los mercados agropecuarios es de un 80%; y el 50% corresponde a la ciudad de La Habana (ONE, 1998).

En fin, es constatable que las diferencias crecientes entre la ciudad y el campo constituyen otro indicio de una regresión social en Cuba. Además, existen otros elementos que pueden mencionarse al margen, como son el aumento de la prostitución organizada, la delincuencia menor, el consumo de drogas, el incremento de la mendicidad, así como el aumento de la corrupción (Castro, 1999).

En otro plano, dentro de las fuerzas divergentes que actúan rompiendo agua entre los favorecidos y marginados por las reformas no puede dejar de mencionarse la «nomenclatura» política. Aunque a los cuadros se les impide el acceso directo a las divisas, ellos intentan compensarlo a través de lo que llamamos «estrategias de crisis». Aquí cuenta, sobre todo, la creciente corrupción. Asimismo, el mercado negro, que en gran medida descansa en el robo y desvío de bienes estatales, es poco comprensible que en la práctica no involucre la participación administrativa.

Al mismo tiempo, los cuadros intentan ampliar sus posiciones e influencias a través de revalorizaciones funcionales, lo cual constituye otra reacción de crisis. Así, por ejemplo, el número de dirigentes en Cuba entre 1988 y 1994 creció en casi un 20% (Espina, 1997b). Naturalmente, la «nomenclatura» también desempeña un papel clave en la formación de las nuevas estructuras políticas en la Isla.

Según diferentes valoraciones, los grandes grupos más importantes de alto nivel son los funcionarios, tecnócratas y empresarios de los sectores que trabajan en divisas. Habel (1997) cree que los elementos más flexibles de la burocracia tradicional han constituido una alianza con los tecnócratas activos en el sector en divisas, la cual, como «bloque social», asegura actualmente la estabilidad económica y social de Cuba. Hoffmann (1996) habla aquí de «capitalismo de cuadros». Tampoco se debe descontar a los empresarios privados que se consolidan dentro del proceso de monopolización. Estos dos grupos podrían fundirse para constituir el núcleo de una nueva burguesía, hasta llegar a convertirse en una élite de poder. Otros especialistas también comparten la opinión de que en Cuba a lo largo de la transformación se abrieron nuevos espacios sociales que permitieron el surgimiento de nuevos actores (Dominguez, 1997; Rojas, 1997; Mesa-Lago, 1997).

Sin querer negar, en principio, tales conjeturas, pienso que en este análisis se incurre en un doble error. Aquí parece que se sobrevalora la importancia de los sectores que giran en la órbita de las divisas; y se subvalora la posible resistencia de las estructuras políticas internas. Por ejemplo, no debe pasarse por alto que la dinámica de selección en el interior del Partido Comunista de Cuba (PCC), ha dificultado el surgimiento funcional de grupos de intereses comunes mediante el constante movimiento y sustitución de los cuadros económicos.

También consideramos que es inconsistente intentar esbozar un nuevo modelo estructural de clases en el ámbito cubano sobre la base de los recién surgidos fenómenos de desigualdad. En los análisis esbozados se ignora que la distribución de los ingresos no es un criterio suficiente para comprender la estructura social. Resulta un hecho comprobado que a menudo las posibilidades de ingresos de los grupos aislados en Cuba pueden solaparse. Por ejemplo, un jubilado cubano, cuya discreta pensión lo sitúa en las capas más pobres, puede ascender al nivel de los privilegiados si recibe mensualidades en dólares provenientes del extranjero. De igual forma, una camarera en un hotel que atiende turistas internacionales tampoco tiene automáticamente acceso a la bendición de dólares diariamente.

Por otra parte, los «nuevos ricos» de Cuba no tienen forma de invertir su dinero productivamente. La acumulación de capital sigue siendo un monopolio estatal intocable. Tampoco tienen espacios para ganar influencia política; el Estado defiende tenazmente su omnipotencia política y pone valladares insalvables, hasta el presente, a la formación de nuevos grupos de intereses. A la vez, las pretensiones autoritarias de hegemonía interna y externa del PCC no sólo pueden verse como elementos que bloquean las reformas políticas, sino que también se han convertido en un importante factor de integración del sistema.

El nacionalismo radical, fortaleza de la sociedad cubana

Sería un análisis simple valorar *grosso modo* la redistribución actual de los ingresos en Cuba y concluir que se trata de una «sociedad dividida en dos». ¿Pero cómo puede explicarse la estabilidad del régimen cubano a pesar de la polarización social, que se intensifica cualitativamente a través de la pérdida de estándares materiales con efectos colectivos nunca antes vistos? O preguntando de forma más concisa, ¿por qué el socialismo cubano ha sobrevivido a la caída del muro de Berlín y a una aguda crisis económica sostenida por un decenio?

Anteriormente señalamos que en la Isla se habían traspolado muchas de las estructuras elementales del «modelo de desarrollo soviético». Las deficiencias immanentes en aquel modelo que condujeron a la URSS al derrumbe no pueden trasladarse mecánicamente a la experiencia cubana. Para poder fundamentar la estabilidad de Cuba nos parece que se deben considerar otros elementos, circunstancias y criterios. En mi opinión, deben mencionarse al menos dos aspectos.

Por una parte, la antigua *cohesión social* en la Isla aún es importante. Ésta, consideramos que descansa en cinco elementos: el principio de la igualdad social, el abarcador abastecimiento regulado que impide la marginalización —aunque tiene aristas nocivas ampliamente debatidas—, un modesto bienestar material, la integridad del Estado y la dirigencia histórica de la revolución. Sin olvidar que el partido aun goza de prestigio y arraigo popular. Sin embargo, es evidente que algunos elementos aislados de esta unidad se han visto resquebrajados y muy mermados; otros muestran lentamente sensibles grietas.

Entretanto, el Gobierno ha evitado el deterioro social generalizado a pesar de la crisis. Hasta 1999 se destinaba anualmente casi el 40% del presupuesto estatal para los servicios sociales. Sin duda, éstas constituyen las partes soleadas de Cuba. A ello se suma un sistema de salud que en mucho se corresponde con los estándares de países de más desarrollo y que, como muestran índices asistenciales, a pesar de la creciente escasez de materiales, no ha sufrido deterioros sustanciales de eficiencia. Igualmente, los sistemas de educación general y superior han continuado garantizando el acceso gratis a todas sus instituciones. Además, Cuba ha sido, hasta hoy, el único país de Latinoamérica que no ha conocido el trabajo de niños ni el analfabetismo. Otros elementos de las conquistas del socialismo cubano son el sistema de pensiones, la protección social para los desempleados, así como una política de empleo activa que descansa en procurar trabajo para todos los ciudadanos reconocida en la Constitución.

Estas medidas estabilizaron a corto plazo la precaria situación del mercado de trabajo y amortizaron los efectos de la crisis. La Isla también ha logrado mantener aún estándares sociales altos en otras esferas. Por ejemplo, en 1998 Cuba ocupó el rango 25, lejos de países como Francia (rango 31), Japón (rango 38) o Brasil (rango 68) en el índice GEM, realizado por la PNUD (1998), que mide las posibilidades de participación de las mujeres.

El potencial de estabilización de la cohesión social que encontramos en Cuba, aún cuando ahora aparece junto a connotaciones de desigualdad, puede encontrar punto de apoyo en la «sociología política de la desigualdad social». Kreckel (1992), uno de sus representantes en la sociología alemana, en su categorización teórico-práctica de la desigualdad social, cree que la «dimensión del saber», nombrada así por él, tiene igual rango y valor que la distribución material. Kreckel entiende el saber y la riqueza como «recursos para la realización individual y también colectiva» (ibidem, p. 80). Junto a una «marginal economic position», el investigador social norteamericano Wilson (1991), menciona el «social isolation» como una segunda característica de la exclusión social.

Si seguimos estas definiciones, en Cuba no existe hasta ahora ni desigualdad estructural, ni su forma materializada de exclusión social. El acceso a la dimensión del saber en la Isla aún se distribuye de forma igualitaria y está socializada sin límites marcados. También impiden el aislamiento social la educación obligatoria general, el sistema de salud, el mínimo de abastecimiento estatal mantenido de forma regulada y la promoción cultural. Estas ventajas sociales compensan aún la distribución asimétrica de los ingresos, dificultan la reproducción de la diferenciación social o étnica en la estructura social y, junto con la acción estatal, han impedido, hasta ahora, que la desigualdad se articule políticamente.

La diferenciación social en la Isla todavía se articula de distinta manera. Es cierto que se observa una mercantilización palpable de las relaciones sociales, pero ésta no ha provocado que desaparezca la solidaridad y aumente el individualismo. Como conducta de crisis se evidencia, por el contrario, una concentración en grupos delimitados que mantienen dentro los principios de solidaridad internalizados y se proyectan hacia el exterior mucho más orien-

tados hacia lo económico. Los núcleos principales son la familia «como enclave de la solidaridad tradicional» (Kreckel, 1992), los vecinos más cercanos y los colectivos de trabajo, sin olvidar que a menudo el trabajo se concibió en el socialismo como campo de solidaridad. Si, como dice Kreckel, estas «asociaciones selectivas» también constituyen a largo plazo un factor de desigualdad social, por el momento más bien predominan sus positivos efectos compensadores que han impedido, hasta ahora, que la crisis económica repercuta totalmente en la sociedad.

El segundo factor de estabilidad de Cuba es la voluntad general de mantener la *independencia nacional*. La colonización doble, por así decirlo, primero española y después norteamericana, dejó huellas profundas en la conciencia histórica de la población de la Isla. Gracias a la expulsión exitosa de la dictadura de Batista y a la actitud inquebrantable frente a la agresión de los EEUU, la Revolución es, por el contrario, el símbolo de la autodeterminación. Hasta ahora el gobierno encabezado por Fidel Castro es el único que ha conseguido integrar a su política esta conciencia histórica colectiva; más que eso, ha sido expresión y garantía de la existencia de esta conciencia.

En principio, el socialismo cubano mezcla la pronunciada pretensión social del Estado con una doctrina estatal leninista. Esta mezcla se legitima con el imperativo de defender la soberanía nacional. Por consiguiente, *cohesión social* e *independencia nacional* pueden resumirse con el concepto general de *unidad nacional*. Considero que éste es el factor de estabilidad más importante y tercer elemento estructural endógeno del proceso de reformas. De aquí concluimos que, según el actual régimen cubano, debe entenderse mucho más como «nacionalista radical» que como «socialista ortodoxo».

El mantenimiento de esta «unidad nacional» representa el mayor apoyo para la transformación y, al mismo tiempo, su mayor inseguridad. Por lo tanto, requiere de una observación más precisa.

Detalles de la unidad: opiniones sociológicas

Volvamos a recurrir, por parecernos útil, al recurso de la sociología política de la desigualdad social. Comencemos por señalar que ésta reconoce la interacción social como una actividad productiva (Bourdieu, 1983; Coleman, 1988; Kreckel, 1992). Según esto la capacidad de reproducción colectiva no sólo puede explicarse mediante el capital económico, sino que hay que considerar además formas de capital más justificadas; Bourdieu (1983) las denomina «incorporadas» y sitúa dentro de ellas el capital cultural y el social. Con ello Bourdieu evita una definición cosificada de su concepto de capital y entiende al capital como una «tendencia de supervivencia» formadora de estructuras, como «una fuerza interna de la objetividad de las cosas» que «puede producir tantas ganancias como reproducirse o crecer» (ibídem, p. 183). En adelante no utilizaremos el término *capital* en el sentido marxista de «realización del valor», sino según la interpretación de Bourdieu; esto es, como identificación de un potencial reproductivo.

La categorización del capital social de Bourdieu, descrito por él como «recursos que descansan en la pertenencia a un grupo», nos permite, en el caso de Cuba, una operacionalización más amplia del factor de estabilización «unidad nacional». La homogeneización social, el aumento colectivo, el marcado carácter social del sistema, su alto grado de organización, la posibilidad de excluir geográficamente e individualizar toda oposición o insatisfacción personal, la política autoritaria del Estado y la omnipresencia de su doctrina, así como la difusión limitada de informaciones asentada en el monopolio de la prensa escrita, radiofónica y televisiva, y la ausencia de un discurso plural, favorecen, en Cuba, el mantenimiento de una identidad de grupo única a lo largo de todo el territorio nacional.

La función del capital incorporado como creador de identidad puede observarse particularmente en el marcado nacionalismo de los subprivilegiados de antes, que ahora forman grupos otra vez limitados económicamente por las reformas. A menudo estos grupos manifiestan una sorprendente lealtad al sistema. En Cuba, los bienes materiales y las formas de capital incorporadas, siempre estuvieron en interdependencia con la política, la economía y la nación; y se legitimaron y consolidaron sinérgicamente.

Por ello, tras la eliminación de la estabilidad material por la crisis, la legitimación del sistema pudo mantenerse sobre la base de las formas de capital incorporadas. Así pues, cuando Bourdieu (ibídem, p. 191) constata que «el capital social desprende un efecto multiplicador del capital del que de hecho se dispone», implica que en parte se puede compensar una disminución del sustento material de determinadas formas de capital incorporadas. Por lo visto, esto es exactamente lo que sucede en Cuba. Sólo así ha podido garantizarse hasta ahora la reproducción social a pesar de la crisis económica permanente de los últimos años.

El concepto de formas de capital incorporadas permite ir aún más lejos. Históricamente, el capital social y el cultural han nacido y se han desarrollado en espacios regionales. Por eso el concepto de «formas de capital incorporadas» señala regiones delimitadas geográficamente y, por ende, a la nación como base central del desarrollo. Sin ignorar, como expresara Bourdieu tan acertadamente, «el hecho brutal de la reducibilidad universal a la economía» (ibídem, p. 196), derivando de ello un enfoque que para explicar el desarrollo social no sólo reduce los conceptos de economía y nación a lo económico, sino que los funde. Vale agregar que el concepto de Bourdieu está implícitamente en contradicción con la tesis actual de la globalización. Por el contrario, se da la mano con reflexiones teóricas que siguen atribuyendo importantes potencialidades a la nación para el desarrollo y la regulación, así como agente en el nuevo campo de coordinación de las relaciones internacionales (Krugman, 1994).

El enfoque de las formas de capital incorporadas también merece ser observado por la sociología del cambio social o, específicamente, por la teorías de transición. La conservación de la integridad cubana del sistema, a pesar de la pérdida del sustento económico, subraya que el «socialismo estatal» no sólo

era expresión de relaciones de producción económicas o de política monopolizada, sino una formación social históricamente creciente que se caracteriza de forma multifacética por sus propios valores y experiencias: cultura, ética, moral, vida cotidiana, etc.; precisamente por la presencia del capital cultural y el social.

Resumiendo, a partir de lo apuntado pueden descifrarse algunas experiencias postsocialistas de reformas. En la mayoría de aquellos países no se logró, con un nuevo orden de relaciones sociales, imponer la racionalidad económica de formas de producción capitalistas o establecer una cogestión política estable y amplia —las cuales a menudo se designan con palabras como *mercado y democracia*—, sino que estas sociedades de cambio tampoco pudieron exorcizar de un día para otro sus reglas socialistas de conducta. Estas experiencias motivan a los teóricos de la transformación cada vez más a preferir enfoques reformadores graduales; el proceso de cambios en Cuba podría servir como un ejemplo revelador.

Por qué en Cuba debieran leer a Bourdieu

Bourdieu (1983: 191) identificó «el reconocimiento de un mínimo de homogeneidad objetiva» como una condición de partida para la acción de las formas de capital incorporadas. Las implicaciones para Cuba de esta afirmación son precisas. A mediano plazo la desigualdad social también se estructurará en la Isla. Últimamente esta desigualdad se refleja, como señalamos anteriormente, en la estructura social y se erige en el factor trastocador de la estabilidad «unidad nacional»: «Más tarde o más temprano se constituirán en el nivel político los moldes de las diferencias sociales producidas por las reformas económicas» (Habel, 1997: 24). Si echamos una ojeada a esta dinámica, podemos recordar los disturbios sociales ocurridos en La Habana en agosto de 1994, y la crisis que éstos provocaron en el exilio. El economista exiliado cubano González (citado por Habel, 1997: 19), valora los acontecimientos de entonces «[...] como primera acción importante de desobediencia civil desde 1959. Además, mostró que la crisis económica tomaba un cariz de crisis social que pudo convertirse en una crisis política». Aunque esta crisis también fue superada, dejó cicatrices dolorosas. Smith (1991), por ejemplo, parte de que la identidad colectiva, que según él se construye sobre un *myth-symbol-complex* con sentido de continuidad, puede ser dañada por experiencias colectivas traumáticas o movimientos migratorios.

Es perceptible que la sociedad cubana se encuentra hoy en un estado de frágil estabilidad que sólo puede consolidarse con una homogeneización renovada. Pero si hasta ahora lo que ha asegurado la reproducción de la sociedad ha sido lo extraeconómico, ésta no podrá estabilizarse solamente con éxitos en la economía. El intelectual cubano Martínez (1995: 46), al resumir las posibilidades futuras del proyecto social cubano, se refirió a este punto de forma clara: «Si se espera que la evolución económica ofrezca sus lados favorables al socialismo, no nos salvaremos». En las ciencias sociales cubanas no existe nin-

guna duda de que para el régimen, la desigualdad creciente representa un «peligro para su sobrevivencia» (Ubieta, 1996: 72). Sin embargo, los criterios sobre una estrategia para lograr una homogeneidad renovada son muy divergentes.

Mientras el gobierno trata de luchar contra las deformaciones sociales asociadas a los descontroles económicos a partir de 1999 con un aumento de represión, el discurso científico oficial sólo se centra en un fortalecimiento de la economía y del Estado manteniendo todas las estructuras del sistema (Rodríguez, 1996; Ferriol, 1997), algunos científicos insisten en la necesidad de que se profundicen las reformas a través de un «cambio radical» (Espina, 1997a). No se trata de una restauración de la vieja homogeneidad ahora frágil, sino de una renovación donde la nación se defina por unión en vez de por unidad. La diferenciación social debe incorporarse al sistema a través del incremento de las posibilidades de rearticulación de los nuevos grupos, y de esta forma utilizar los potenciales de innovación con el objetivo de aumentar la capacidad social para autodirigirse. Espina (1997b: 18) recuerda, con razón, que «[...] la diferenciación socioeconómica y desigualdad social no pueden ser identificados».

Como acciones necesarias para mantener la responsabilidad del Estado con la sociedad, así como asegurar una política de redistribución que impida la marginalización social, en Cuba, en el plano político se mencionan los siguientes aspectos: desideologización del Estado, descentralización de las instituciones políticas y nivelación de sus estructuras, despersonalización del sistema, liberación de los derechos humanos, desarrollo de un Estado constitucional, democratización del mecanismo estatal hasta legitimar un sistema pluralista, así como una pluralización parcial de los medios de difusión (Burchardt, 1999; Dilla, 1996a; Valdés, 1994).

En el plano económico la apertura y el fortalecimiento del mercado interno, la despolitización y descentralización de la economía, la socialización de pequeños mercados internos y de la propiedad estatal a través de cooperativas, así como la privatización de ciertas actividades, son temas que se discuten para la integración selectiva al mercado mundial (Carranza, Úrdaneta, Monreal, 1995; CEEC, 1997; Dilla, 1996b; Gonzales, 1998). Así, el motor del aumento de la eficiencia tendría que ser la reforma radical empresarial, que ha estado desde hace años en un segundo plano. Ésta debe conceder más autonomía a las empresas y convertir el control directo planificado en regulación indirecta del mercado. Los últimos cambios agrarios de Cuba constituyen un ejemplo revelador (EER, 1996; EER, 1998; Díaz, 1998; Valdés, 1997).

Es evidente el carácter de choque de todas estas propuestas. Se trata de encontrar una nueva cultura de gobernar. En la agenda cubana deberán aparecer ahora reformas que promuevan los potenciales endógenos existentes y permitan utilizar los efectos multiplicadores del capital cultural y el social a través de nuevos espacios de participación. Según Scharpf (1993), esto puede crearse desde el interior de la misma «estructura de gobernación» imperante en la Isla. Las jerarquías institucionalizadas superiores y las redes de cooperación selectivas son, según él, capaces de promover de forma sinérgica la capacidad de auto coordinación de los agentes.

El objetivo principal sería reconfigurar y reinstaurar como nuevo proyecto social el factor estabilizador «unidad nacional». Según este proyecto social, la «vieja legitimidad revolucionaria» se sustituiría por una «nueva legitimidad institucional» (Habel, 1997). Algo así sólo sería posible a través de una transformación gradual pero fundamental del «socialismo estatal», lo cual depende de la capacidad del Gobierno para trazar una estrategia de reformas consistente.

Si no lo logra, Cuba tendría que seguir hasta sus últimas consecuencias el camino de otros países socialistas. Seríamos testigos de una historia repetida en cámara lenta. Por tanto, constatamos que la isla caribeña no sólo continúa siendo víctima de la política agresiva de los EEUU, o de la llamada globalización, sino que también debería encontrar soluciones creativas para continuar siendo protagonista de su propio futuro. Cuba tampoco se encuentra en el «final de la historia» sino en un nuevo comienzo: su modelo económico, político y social aún tiene por delante el mayor reto...

Bibliografía

- ALVARADO, Juan Antonio (1996). «Relaciones raciales en Cuba. Notas de investigación». *Temas*, núm. 7, p. 37-43.
- AJA DÍAZ, Antonio; MILAN ACOSTA, Guillermo (1997). «El flujo migratorio externo de Cuba en la década del noventa». *Universidad de La Habana*, núm. 247, p. 41-61.
- BÄHR, Jürgen; MERTINS, Günter (1999). «Die Auswirkungen von Wirtschaftskrise und Wirtschaftsreformen auf das Wanderungsverhalten in Kuba». *Erdkunde*, núm. 53, p. 14-34.
- BERUFF, Alejandro (1997). «Las finanzas internas en Cuba». *La economía cubana en 1996: resultados, problemas y perspectivas. Informe anual del CEEC*. La Habana, p. 10-24.
- BNC (1997). *Banco Nacional de Cuba. Informe económico 1996*. La Habana.
- BOHEMIA (1995). *A cuentagotas*, núm. 19, p. 20-23.
- BOURDIEU, Pierre (1983). «Ökonomisches Kapital, kulturelles Kapital, soziales Kapital». En KRECKEL (eds.). *Soziale Ungleichheiten*, Göttingen, p. 183-198.
- BRUNDENIUS, Claes; ZIMBALIST, Andrew (1989). *The Cuban Economy, Measurement and Analysis of Socialist Performance*. Baltimore.
- BURCHARDT, Hans-Jürgen (1995). «La economía sumergida: ¿De la ilegalidad al programa?». En KOHUT; MERTINS (eds.). *Cuba en 1995. Un diálogo entre investigadores alemanes y cubanos*. Augsburg, p. 13-19.
- (1996). *Kuba - Der lange Abschied von einem Mythos*. Stuttgart.
- (1997). «Kubas Weg ins neue Jahrtausend: Entwicklungs- oder Auslaufmodell?». *Journal für Entwicklungspolitik*, núm. 2, p. 149-168.
- (1999). *Kuba - Im Herbst des Patriarchen*. Stuttgart.
- CARRANZA VALDÉS, Julio; URDANETA GUTIÉRREZ, Luis; MONREAL GONZALES, Pedro (1995). *Cuba -La restructuración de la economía- una propuesta para el debate*. La Habana.
- CARRANZA VALDÉS, Julio; MONREAL GONZALES, Pedro (1998). «Problemas del desarrollo en Cuba». *Temas*, núm. 11, p. 30-40.

- CASTRO RUZ, Fidel (1995). «Seguimos creyendo en los enormes beneficios del socialismo». *Granma*, 30.12.
- (1999). «La Revolución no tiene que renunciar a su carácter humanitario para ser firme, para ser rigurosa». *Granma*, 8.2.
- CEE (1991). *Anuario Estadístico de Cuba 1989*. La Habana.
- CEEC (1997). *La economía cubana en 1996: resultados, problemas y perspectivas. Informe anual del CEEC*. La Habana.
- CEPAL (1997). *La economía cubana. Reformas estructurales y desempeño en los noventa*. México.
- CIPS (1990). *Objetivos sociales y condicionales del desarrollo económico*. La Habana.
- COLEMAN, James S. (1998). «Social Capital in the Creation of Human Capital». *American Journal of Sociology*, núm. 94, Supplement, p. 95-120.
- DÍAZ VÁZQUEZ, Julio A. (1997). «Cuba: medio físico e infraestructura económica». *Papers*, núm. 52, p. 11-31.
- (1998). *Cuba: Consumo y distribución de alimentos*. Centro de Investigación de Economía Internacional (en biblioteca). La Habana.
- DILLA, Haroldo (1996a). «Cuba: La reforma económica, la reestructuración social y la política». *Pensamiento propio*, núm. 2, p. 93-105.
- (1996b). «Pensando la alternativa desde la participación». *Temas*, núm. 8, p. 102-109.
- DOMÍNGUEZ, Jorge I. (1997). «¿Comienza una transición hacia el autoritarismo en Cuba?». *Encuentro de la cultura cubana*, núm. 6/7, p. 7-23, Madrid.
- EQUIPO DE ESTUDIOS RURALES (EER) (1996). *UBPC - desarrollo rural y participación*. La Habana.
- (1998). *UBPC - desarrollo rural y participación social*. La Habana.
- ESPINA, Mayra (1997a). «Transformaciones recientes de la estructura socioclasista cubana». *Papers*, núm. 52, p. 83-99.
- (1997b). *Cuba: El espacio para la igualdad*. Ponencia presentada en el XX congreso de LASA en Guadalajara. México, 17-19 abril.
- FABIAN, Horst (1981). *Der kubanische Entwicklungsweg. Ein Beitrag zum Konzept autonomer Entwicklung*. Opladen.
- FERRIOL, Ángela (1997). «¿Ya no somos iguales?». *Juventud Rebelde*, 28.12.
- FIGUERAS, Miguel (1994). *Aspectos estructurales de la economía cubana*. La Habana.
- GONZALES GUTIERREZ, Alfredo (1995). «La economía sumergida en Cuba». *Cuba: Investigación Económica, INIE*, núm. 2, p. 77-101.
- (1998). «Economía y Sociedad: los retos del modelo». *Temas*, núm. 11, p. 4-29.
- HABEL, Janette (1997). *Kuba - Gesellschaft im Übergang*. Köln.
- HENKEL, Knut (1996). *Kuba zwischen Markt und Plan. Die Transformation zur dualen Wirtschaft seit 1985*. Hamburg.
- HOFFMANN, Bert (1996). *Kuba im Dilemma des Währungs dualismus. NORD-SÜD aktuell*, núm. 3. Quartal, p. 536-543.
- ISP (1998). *Estudio de la sociedad cubana contemporánea. Investigación sociológica sobre la estructura social cubana*. La Habana.
- KRECKEL, Reinhard (1992). *Politische Soziologie der sozialen Ungleichheit*. Frankfurt.
- KRUGMAN, Paul R. (1994). *Peddling Prosperity. Economic Sense and Nonsense in the Age of Diminished Expectations*. Nueva York.

- MAIHOLD, Günther (1996). «Mit dem Kapitalismus den Sozialismus retten? Zur Reichweite der Reformbestrebungen in Kuba». *Aus Politik und Zeitgeschichte*. Bd.48/49, p. 30-37.
- MARTÍNEZ, Fernando (1995). «Pensar es un ejercicio indispensable». *Debates Americanos* núm. 1, p. 36-51.
- MARTÍNEZ, Milagros; MILÁN ACOSTA, Guillermo y otros (1996). *Los balseros cubanos*. La Habana.
- MESA-LAGO, Carmelo (1997). «¿Cambio de régimen o cambios en el régimen? Aspectos políticos y económicos». *Encuentro de la cultura cubana*, núm. 6/7, p. 36-44. Madrid.
- NIESS, Frank (1992). «Die drei Blockaden Kubas». *Blätter für deutsche und internationale Politik*, núm. 8, p. 954-966.
- ONE. *Ventas en el mercado agropecuario*, mayo 1998.
- PADILLA DIESTE, Christina (1997). *Nuevas empresas y empresarios en Cuba*. México.
- PÉREZ, Omar; MARQUETTI (1998). Hiram: «La economía cubana: actualidad y tendencias». *Economía y desarrollo*, núm. 1, p. 33-53.
- PNUD (1998). *Desarrollo Humano. Informe 1998*. México.
- RODRÍGUEZ, José Luis (1996). «Cuba 1990-1995: Reflexiones sobre una política económica acertada». *Cuba socialista*, núm. 1, p. 20-28.
- (1998). «Informe sobre los resultados económicos de 1998 y el plan económico y social para 1999». *Granma*, 23.12.
- ROJAS, Rafael (1997). «Políticas invisibles». *Encuentro de la cultura cubana*, núm. 6/7, p. 24-35, Madrid.
- SCHARPF, Fritz W. (1993). «Coordination in Hierarchies and Networks». En SCHARPF (Hrsg.): *Games in Hierarchies and Networks*. Frankfurt, p. 125-195.
- SMITH, Anthony (1991). *National Identity*. Londres.
- STAHL, Karin (1996). «Politische Institutionalisierung und Partizipation im postrevolutionären Kuba». En BARRIOS; SUTER (eds.): *Politische Repräsentation und Partizipation in der Karibik*. Opladen, p. 71-97.
- TOGORES, Viviana (1997). «Enfoque social del desempeño de la economía cubana en 1996». En *La economía cubana en 1996: resultados, problemas y perspectivas. Informe anual del CEEC*, p. 93-106.
- (1998). «Efectos de la crisis y el ajuste económico en los 90 en el desarrollo cubano». Trabajo inédito. Centro de Estudios de la Economía Cubana. La Habana.
- UBIETA, Enrique (1996). «Notas para un estudio de la marginalidad en Cuba». *Contracorriente*, núm. 2, p. 70-72.
- URRUTIA, Lourdes (1997). «Aproximación a un análisis del proceso migratorio cubano». *Papers*, p. 49-56.
- VALDÉS PAZ, Juan (1994). «La transición socialista en Cuba: continuidad y cambio en los 90». VALDÉS; ESPINA. *La transición socialista en Cuba*. La Habana, p. 33-72.
- *Procesos agrarios en Cuba 1959-1995*. La Habana.
- WILSON, William Julius (1992). «Public Policy Research and The Truly Disadvantages». JENCKS; PETERSON (Hrsg.): *The Urban Underclass* Washington, p. 460-481.